

La catacumba nueva



Arthur Conan Doyle

-Querido Burger -dijo Kennedy- quisiera que confiara en mí.-

Los dos célebres especialistas en antigüedades romanas se encontraban sentados en la confortable habitación de Kennedy, que miraba al Corso¹. La noche era fría, y ambos habían acercado sus sillas a la defectuosa estufa italiana que creaba a su alrededor una atmósfera más bien sofocante que cálida. Afuera, bajo las brillantes estrellas del cielo invernal, se extendía la Roma moderna, con su larga hilera doble de lámparas eléctricas, los cafés brillantemente iluminados, los veloces carruajes y una densa multitud desfilando por las veredas. Pero dentro, en la suntuosa habitación del rico y joven arqueólogo inglés, solo se percibía a la Roma antigua. Frisos rajados y gastados por el tiempo colgaban de las paredes, antiguos bustos grises de senadores y soldados con sus cabezas de luchadores y sus rostros duros y crueles, asomaban desde los rincones. Sobre la mesa central, entre un montón de inscripciones, fragmentos y adornos, se alzaba la famosa reconstrucción de las

¹ El narrador se refiere a la **vía del Corso**, una gran calle comercial que sale de la piazza del Popolo, al norte de la parte antigua de Roma, para alcanzar la plaza de España.

Termas de Caracalla² que Kennedy había realizado, y que tanto interés y admiración había despertado al ser expuesta en Berlín. Del techo pendían ánforas y sobre la lujosa alfombra turca roja se veían diversas rarezas desparramadas. Y entre todas ellas no había una sola que careciera de la más impecable autenticidad, además de su insuperable singularidad y valor; porque Kennedy, a pesar de tener poco más de treinta años, gozaba de gran reputación en Europa en esta rama especial de la investigación, y disponía además de una gran fortuna que, o bien puede resultar un obstáculo fatal para la energía de un estudioso o, si su determinación es fiel a sus propósitos, le proporciona una gran ventaja en la carrera hacia la fama. El capricho y el placer habían seducido y apartado frecuentemente a Kennedy de sus estudios, pero su mente era incisiva y capaz de largos y concentrados esfuerzos, que culminaban en agudos estados de desfalleciente indolencia. Su hermoso rostro de frente alta y clara, su nariz agresiva y la forma de su boca, algo indolente y sensual, conformaban un perfecto conjunto que equilibraba fuerza y debilidad.

De un tipo muy distinto de hombre era su acompañante, Julius Burger. Llevaba en sus venas una curiosa mezcla de sangre: un padre alemán y una madre italiana que le heredaron el vigor propio del norte y el suave encanto característico del sur. Unos ojos azules teutónicos iluminaban su rostro moreno bronceado y, por encima de ellos, se elevaba una frente cuadrada, maciza, con un friso de espesos rulos rubios que la enmarcaban. Su fuerte y firme mentón lucía completamente rasurado, y su compañero comentaba con frecuencia lo mucho que se parecía a los antiguos bustos romanos que espiaban desde las sombras en los rincones de su habitación. Bajo su arrogancia alemana se esbozaba al mismo tiempo un dejo de sutileza mediterránea, pero su sonrisa era tan honesta y los ojos tan francos, que todos comprendían que era solo una marca de sus ancestros que no se reflejaba realmente sobre su carácter. En edad y reputación se encontraba al mismo nivel que su compañero inglés, pero su vida y su trabajo habían sido mucho más difíciles. Doce años atrás había llegado a Roma como estudiante pobre, y había sobrevivido desde entonces de pequeñas becas que la Universidad de Bonn le otorgaba para sus estudios. Lenta, dolorosamente y con extraordinaria tenacidad, guiado por una sola idea, había escalado peldaño a peldaño la escalera de la fama, llegando a ser miembro de la Academia de Berlín, y había razones para creer que pronto sería promovido a la cátedra de la más importante de las universidades alemanas. Sin embargo, la concentración de sus propósitos, que lo había elevado al mismo nivel que el rico y brillante investigador inglés, también lo había colocado infinitamente por debajo de él en todo lo que excediera el ámbito del trabajo. Burger nunca dispuso de un descanso en sus estudios para dedicarse a la vida social. Únicamente cuando hablaba de su especialidad su rostro se llenaba de vida y expresión. El resto del tiempo permanecía silencioso y avergonzado, demasiado consciente de sus propias limitaciones en otros

² **Termas de Caracalla:** amplio complejo de baños de la Roma Imperial. Fueron construidas en la ciudad de Roma entre 212 y 216 d.C. Actualmente, las extensas ruinas de estas termas son una atracción turística importante

temas, impaciente durante las conversaciones banales, que son el refugio convencional para aquellos que carecen de ideas.

Burger y Kennedy se trataron durante algunos años, y así su relación maduró poco a poco hasta convertirse en una verdadera amistad entre estos dos tan diferentes rivales. La base y el origen de esa situación residían en el hecho de que, cada uno en su especialidad, eran los únicos de su generación con los conocimientos y el entusiasmo suficientes para apreciar al otro. Los intereses y objetivos en común los habían puesto en contacto, de manera que ambos se sentían atraídos por el saber del otro. Y a estas razones, con el tiempo se le habían ido sumando otras. A Kennedy le divertían la franqueza y la simplicidad de su rival. A Burger, en cambio, le fascinaban la brillantez y vivacidad que habían convertido a Kennedy en uno de los hombres más populares de la sociedad romana. Digo que lo *“habían”* convertido, porque en aquel momento el joven inglés se sentía algo ensombrecido. Un asunto amoroso, cuyos detalles nunca llegaron a conocerse, reveló en Kennedy una falta de sentimientos y una dureza de corazón que conmovieron a muchos de sus amigos.

Sin embargo, en los círculos de estudiantes y de artistas solteros que frecuentaba, no existía sobre estos asuntos un código de honor muy rígido, y aunque algunos pueden haber sacudido la cabeza o encogido los hombros al referirse a la fuga de dos y al regreso de uno solo, el sentimiento que predominaba era de simple curiosidad y quizá de envidia, pero no de reprobación.

-Escuche, Burger -dijo Kennedy, mirando con dura expresión el plácido rostro de su compañero-, me gustaría que confiara en mí.-

Mientras hablaba, señaló una alfombra extendida sobre el suelo. Encima de ella había una pequeña canasta, de las que se usan para recolectar frutas, larga y de poca profundidad, hecha de mimbre ligero como se acostumbra en la campagna³. Dentro de la canasta se amontonaba una pila de objetos: piezas rotuladas, inscripciones rotas, mosaicos agrietados, papiros desgarrados, herrumbrosos adornos de metal que a cualquier inexperto podrían producirle la sensación de que habían sido extraídos del tacho de basura, pero que un especialista reconocería de inmediato como únicos en su clase. Aquel montón de objetos variados que contenía la canasta de mimbre proporcionaba ni más ni menos que uno de aquellos eslabones faltantes en la cadena del desarrollo social que tanto interesan a los estudiosos. El alemán los había traído, y el inglés los contemplaba ávidamente.

-Yo no interferiré con su hallazgo, pero realmente me agradaría oír acerca de él -continuó, mientras Burger encendía premeditadamente un cigarro-. Se trata, evidentemente, de un descubrimiento de gran importancia. Estas inscripciones tendrán repercusión en toda Europa.-

³ **Campagna:** la palabra significa “el campo”, “las afueras”. En italiano en el original.

-¡Por cada uno de los objetos que hay aquí, se encuentran millones allí! -dijo el alemán-. Hay tantos que una docena de sabios dedicarían toda la vida a su estudio y de esa forma se construirían una reputación tan sólida como el Castel Sant´Angelo⁴-

Kennedy permaneció meditando con la fina frente arrugada y sus dedos jugueteando con el largo e inmaculado bigote.

-¡Burger, usted mismo se ha delatado! -dijo finalmente-. Sus palabras solo pueden referirse a una cosa. Usted ha descubierto una catacumba⁵ nueva.-

-No tenía dudas de que usted ya había arribado a esa conclusión al examinar los objetos.-

-Bien, ciertamente los objetos parecían indicarlo, pero sus últimas observaciones lo confirman. No existe lugar, excepto una catacumba, que pueda contener una reserva de reliquias tan enorme como la que usted describe.-

-Así es. No hay misterio. En efecto, he descubierto una catacumba nueva.

-¿Dónde?

-Ése es mi secreto, querido Kennedy. Solo diré que su ubicación es tal que no existe ni una chance en un millón de que alguien la descubra. Pertenece a una época distinta de todas las catacumbas conocidas, y estaba reservada para sepultar a los cristianos de más elevada condición. Es por eso que los restos y las reliquias son completamente diferentes de todo lo conocido hasta ahora. Si yo ignorara su saber y su energía, mi amigo, no vacilaría en contárselo todo bajo juramento de guardar secreto. Pero en estas circunstancias, pienso que debo preparar primero mi propio informe sobre el tema antes de exponerme a una competencia tan formidable.-

Kennedy amaba su especialidad casi obsesivamente, con un amor al que le era fiel en medio de todas las distracciones que se le presentan a un joven rico y sin compromisos. Era ambicioso, pero su ambición estaba subordinada al simple gozo abstracto y al interés por todo aquello relacionado con la vida y la historia de la ciudad. Anhelaba ver el nuevo mundo subterráneo que su compañero había descubierto.

⁴ **Castel Sant´ Angelo:** monumento romano situado en la orilla derecha del río Tíber, enfrente del pons Aelius (actual puente de San Ángel), a poca distancia de la Ciudad del Vaticano. Iniciado por el emperador Adriano en el año 135 para ser su mausoleo personal y familiar, fue terminado por Antonino Pío en el 139.

⁵ **Catacumbas:** subterráneos en los cuales los primitivos cristianos, especialmente en Roma, enterraban a sus muertos y practicaban las ceremonias del culto

-Escuche, Burger -dijo con ansiedad-, le aseguro que puede depositar en mí la más absoluta confianza en este asunto. Nada me induciría a escribir acerca de ninguna cosa que vean mis ojos sin su expreso permiso. Comprendo perfectamente lo que siente y me parece natural, pero no tiene nada que temer de mí. En cambio, si usted no me cuenta, realizaré investigaciones sistemáticas al respecto, y sin la menor duda llegaré a descubrir de qué se trata. En ese caso, por supuesto, haré uso de mi descubrimiento de la forma que quiera, dado que no tendré ningún compromiso con usted.-

Burger observaba su cigarro pensativamente y sonriendo.

-Amigo Kennedy -dijo-, he notado que cuando necesito información sobre algún tema, usted no siempre está dispuesto a suministrármela.-

-¿Cuándo me ha planteado alguna pregunta a la que yo no haya contestado? Recuerde, por ejemplo, cuando le proporcioné material para su monografía sobre el templo de las vestales.-

-Bueno, pero no se trataba de un asunto de mucha importancia. ¡Me pregunto si usted me respondería una pregunta sobre algo íntimo! Esta catacumba nueva es algo muy íntimo para mí, y tengo derecho a esperar algún signo de confianza a cambio.-

-No imagino hacia dónde se dirige usted -contestó el inglés-, pero si lo que quiere decir es que usted responderá a mis preguntas sobre la catacumba si yo contesto las tuyas, puedo asegurarle que lo haré.-

Burger se recostó cómodamente en su sofá, y lanzó al aire un árbol de humo azul.

-Muy bien -dijo-, cuénteme todo acerca de su relación con miss Mary Saunderson.

Kennedy se puso de pie de un salto y clavó una mirada de irritación en su impasible compañero

-¿De qué demonios habla? -exclamó-. ¿Qué clase de pregunta es ésa? Esto debe ser una broma, pero nunca ha hecho una peor.

-No, no estoy bromeando -contestó simplemente Burger-. No estoy realmente interesado en los detalles del asunto. No sé mucho acerca del mundo, las mujeres, la vida social y ese tipo de cosas, y un incidente de tal magnitud tiene fascinación de lo desconocido para mí. Lo conozco a usted, y la conocía a ella de vista. Llegué incluso a hablar con ella una o dos veces. Me gustaría muchísimo oír de sus propios labios qué ocurrió exactamente entre ustedes.-

-No le diré una sola palabra.-

-Está bien. Fue solo un capricho mío para ver si usted era capaz de revelar un secreto con la misma facilidad con que espera que yo le cuente el mío sobre la catacumba nueva. Usted no podría, y yo no esperaba que lo hiciera. Pero ¿por qué habría de esperar que yo revelara el mío? Bueno, el reloj de San Juan está dando las diez. Es tiempo de que vuelva a mi casa.-

-No, Burger. Aguarde un momento -exclamó Kennedy-. Es un capricho ridículo de su parte querer saber acerca de un viejo asunto amoroso que ha sido enterrado hace meses. Ya sabe que al hombre que besa a una mujer y lo cuenta lo consideramos el mayor de los cobardes y de los villanos.-

-Ciertamente lo es -dijo el alemán, recogiendo su canasta de antigüedades-, cuando divulga cualquier cosa sobre alguna relación que nadie conocía. Pero en este caso, como bien sabe usted, hablamos de un asunto que se ha vuelto público y comentado en toda Roma. Por lo tanto, no perjudica en nada a miss Mary Saunderson si discute este tema conmigo. Aun así, respeto sus escrúpulos. ¡Buenas noches!-

-Espere un momento, Burger -dijo Kennedy, apoyando su mano sobre el brazo del otro-. Tengo un interés vivísimo en esa catacumba y no me rendiré tan fácilmente. ¿Quisiera hacerme alguna otra pregunta? ¿Algo no tan excéntrico esta vez?-

-No, no. Usted se ha negado y no hay más que hablar -contestó Burger con la canasta bajo el brazo-. Tiene usted mucha razón en no contestar, y yo también la tengo. Así que una vez más, mi querido amigo Kennedy, ¡buenas noches!-

El inglés observó a Burger cruzar la habitación. Ya tenía la mano sobre el picaporte cuando Kennedy se dirigió a él con el aspecto de un hombre que intenta hacer lo mejor posible algo que no puede ser evitado.

-Aguarde, viejo amigo -dijo-. Creo que se está comportando en forma ridícula, pero aun así, si esta es su condición, supongo que debo someterme a ella. Odio decir cualquier cosa sobre una mujer; pero, como usted dice, la historia se conoce en toda Roma, y no creo que pueda contarle algo que usted no sepa ya. ¿Qué es lo que quería saber?-

El alemán volvió a aproximarse a la estufa, y dejando en el suelo la canasta, se hundió en su sofá una vez más.

-¿Puedo servirme otro cigarro? -preguntó-. ¡Muchas gracias! Nunca fumo mientras trabajo, pero disfruto mucho más una charla cuando estoy bajo la influencia del tabaco. A propósito de aquella mujer con la que tuvo su pequeña aventura, ¿qué ha sido de ella?-

-Está en casa con su familia.-

-Oh, ya veo, ¿en Inglaterra?-

-Sí.-

-¿En qué parte de Inglaterra? ¿Londres?-

-No, en Twickenham.-

-Tendrá que saber disculpar mi curiosidad, mi querido Kennedy, y atribuirla a mi ignorancia del mundo. No hay duda de que es algo simple persuadir a una joven para que se fugue con usted por tres semanas y luego devolverla a sus familiares en..., ¿cómo dijo que era el nombre del lugar?-

-Twickenham.-

-Eso es, Twickenham. Pero es algo que está tan lejos de mi propia experiencia, que no puedo ni siquiera imaginarme cómo lo hizo. Por ejemplo, si usted hubiese amado a esa joven, su amor difícilmente podría desaparecer en tres semanas, por lo tanto, asumo que no la amaba en absoluto. Pero si no la amaba, ¿Para qué hizo usted semejante escándalo, que le ha hecho daño a usted y la ha arruinado a ella?-

Kennedy contemplaba malhumorado el rojo de la estufa y dijo:

-Es una forma lógica de verlo, ciertamente -dijo-. Amor es un concepto muy amplio y representa una muy variada gama de sentimientos. Ella me gustó y..., bueno, usted dijo que la ha visto..., sabe todo lo encantadora que era. Pero aun así, estoy dispuesto a admitir mirando hacia el pasado, que nunca la amé realmente.-

-Entonces, mi querido Kennedy, ¿por qué lo hizo?-

-Por lo que había en aquello de aventura.-

-¡Cómo! ¿Tanta afición tiene usted a las aventuras?-

-¿Dónde estaría la variedad de la vida sin ellas? Fue solo por aventura que empecé a cortejarla. En mis tiempos perseguí mucha caza mayor, pero le aseguro que no hay caza como la de una bella mujer. También existía el incentivo de la dificultad porque, como era la acompañante de lady Emily Rood, era casi imposible verla a solas. Por encima de todos los otros obstáculos que me atraían escuché, de sus propios labios y en los primeros momentos, que estaba comprometida.-

-¡Mein Gott⁶ ! ¿Con quién?-

-Ella no dio nombres.-

-Yo no creo que nadie esté enterado de ese detalle. Ese hecho hace la historia más atractiva, ¿no es así?-

-Bueno, le dio algo de sabor. ¿No le parece?-

-Le he dicho que ignoro por completo esas cuestiones.-

-Mi querido camarada, usted recordará por lo menos que la manzana que hurtaba del árbol de su vecino siempre parecía más dulce que la que caía del suyo. Y después supe que yo le importaba a ella.-

-¿Así? ¿De pronto?-

-¡Oh, no! Me llevó por lo menos tres meses. Pero al fin la conquisté. Comprendió que la separación judicial de mi esposa me impedía comportarme con ella como correspondía. Pero igualmente vino conmigo, y pasamos un tiempo estupendo mientras la relación duró.-

-Pero ¿Qué pasó con el otro hombre?- Kennedy se encogió de hombros.

-Supongo que se trata de la supervivencia del más apto -respondió-. Si él hubiese sido el mejor de los dos, ella no lo habría abandonado. ¡Dejemos el tema, ya he tenido suficiente!

-Solo otra pregunta. ¿Cómo es que se deshizo de ella a las tres semanas?-

-Bueno, ya nos habíamos enfriado un poco, usted me entiende. Ella se negó, bajo cualquier circunstancia, a reencontrarse con los que la conocían en Roma. Roma es algo necesario para mí y yo ya estaba decidido a volver a mi trabajo. Por lo tanto, había una causa inevitable de separación. Luego, su padre se presentó en el hotel de Londres, hizo una escena y la situación se tornó tan desagradable que, en realidad –aunque al principio la extrañé terriblemente– me alegré de desligarme del asunto. Ahora, confío en que usted no repetirá nada de lo que le he contado.-

-Mi querido Kennedy, ni soñaría con repetirlo. Pero lo que usted ha dicho me interesa muchísimo, dado que me permite aproximarme a su forma de ver las cosas, que es totalmente diferente de la mía, ya que sé poco de la vida. Y ahora quiere saber de mi catacumba nueva. No tiene sentido que intente describirle el lugar, ya que así nunca

⁶ ¡Mein Gott!: expresión que significa “¡Mi Dios!”. En alemán, en el original

llegará a encontrarlo. Solo hay una cosa que vale la pena hacer, y es que yo lo conduzca hasta allí.-

-Sería estupendo.-

-¿Cuándo le gustaría ir?-

-Cuanto antes, mejor. Estoy impaciente por visitarla.-

-Bien, es una noche hermosa, aunque un poco fría. Podemos partir en una hora. Debemos ser muy cuidadosos de que el secreto quede entre nosotros. Si alguien nos viera salir a explorar, sospecharía que algo está sucediendo.-

-Ninguna precaución será excesiva -dijo Kennedy-. ¿Queda lejos?-

-A unas millas de aquí.-

-¿No es demasiado lejos para ir a pie?-

-Oh no, podemos caminar hasta allí fácilmente.-

-Entonces es mejor que hagamos eso. Quizás despertaríamos las sospechas de algún cochero si tuviéramos que dejarnos en un lugar solitario, en mitad de la noche.-

-Así es. Creo que lo mejor sería que nos encontráramos en la Puerta de la Vía Appia⁷ a la medianoche. Yo debo volver a mi casa para proveerme de fósforos, velas y todo lo demás.-

-¡Muy bien, Burger! Es muy amable de su parte hacerme partícipe de este secreto. Le prometo que no escribiré nada hasta que usted haya publicado su informe. ¡Hasta luego! Nos encontraremos a las doce frente a la Puerta.-

La clara y fría atmósfera se llenaba con las campanadas musicales de aquella ciudad de relojes mientras Burger, envuelto en un sobretodo italiano, con una linterna en su mano, caminaba hacia el rendez-vous⁸. Kennedy salió de la oscuridad para reunirse con él.

-Es usted tan apasionado para el trabajo como para el amor -dijo el alemán, riendo.-

-Así es, llevo esperando casi media hora.-

⁷ **Vía Appia**: calle que comunica Roma con Capua. Fue construida por orden del censor Apio Claudio en el año 312 a. C.

⁸ **Rendez-vous**: expresión que significa "cita, encuentro". En francés en el original.

-Espero que no haya dejado ninguna pista que permita a otros suponer a qué lugar nos dirigimos.-

-¡No soy tan tonto! ¡Además estoy helado hasta los huesos! Vamos, Burger, entremos en calor con una rápida caminata.-

Las pisadas de ambos resonaban sobre el tosco pavimento de piedra de la lamentable calle, lo único que queda del camino más famoso del mundo. Un campesino o dos que regresaban a casa de la taberna y algunos carros que llevaban sus productos a Roma fueron las únicas cosas con las que se toparon. Avanzaron con rapidez entre las colosales tumbas que asomaban entre la oscuridad a ambos lados del camino, hasta que llegaron a las Catacumbas de San Calixto⁹ y vieron alzarse ante ellos, contra una luna naciente, el gran bastión circular de Cecilia Metella¹⁰. Luego, Burger se detuvo tomándose el costado.

—Sus piernas son más largas que las mías y usted está más acostumbrado a caminar —dijo riéndose—. Me parece que el sitio en que debemos desviarnos es por aquí. Sí, aquí es, a la vuelta de la trattoria¹¹. El sendero es muy estrecho, de manera que quizá yo debería caminar adelante y usted seguirme.

Había encendido la linterna y con su luz fueron capaces de seguir el tortuoso y angosto camino que serpenteaba a lo largo de los terrenos cenagosos de la campagna. El enorme Acueducto de la antigua Roma se extendía como un monstruoso gusano bajo el claro de luna, y su recorrido los condujo por debajo de uno de sus descomunales arcos, y a través del círculo de ruinosos ladrillos que delimitaban el antiguo anfiteatro. Burger se detuvo finalmente junto a un solitario establo de madera y sacó una llave de su bolsillo.

-¡Seguramente su catacumba no estará dentro de una casa! -exclamó Kennedy.-

-Sí su entrada. Eso es precisamente lo que evita que alguien más la descubra.-

-¿El propietario de la casa sabe de ella?-

⁹ **Catacumbas de San Calixto:** se encuentran a la derecha de la Via Appia Antica, después de la iglesia “¿Quo Vadis?”. Empezaron a existir hacia la mitad del siglo II y forman parte de un complejo que ocupa una extensión de 15 hectáreas, con una red de galerías de casi 20 km. en distintos pisos, y alcanzaron una profundidad superior a los 20 metros. En ellas se enterraron a decenas de mártires, 16 pontífices y muchísimos cristianos.

¹⁰ **Cecilia Metella:** tumba de Cecilia Metella, en la Via Appia. Fue construida para la nuera de Craso, el hombre más rico de Roma (asesinado en el 53 a.C.) entre los años 50 y 40 a.C.

¹¹ 11 Trattoria: expresión que significa “restaurante”. En italiano en el original.

-No, él no. Pero encontró un par de objetos que casi me dieron la certeza de que su casa estaba construida sobre la entrada de una catacumba. Entonces se la alquilé e hice excavaciones por mi cuenta. Pase y cierre la puerta.-

Era un edificio largo y vacío, con pesebres para las vacas a lo largo de una de las paredes. Burger apoyó su linterna en el suelo y la cubrió con su gabán, tapando la luz de manera que alumbrara solo en una dirección.

-Podría llamar la atención si alguien viera una luz en un lugar abandonado como éste. Ayúdeme a levantar esta plataforma de madera.- dijo.

El piso estaba hundido en un rincón, y tabla por tabla, los dos científicos levantaron la plataforma y la apoyaron contra la pared. Debajo de ella se veía una abertura cuadrada y una escalera de antiguos peldaños de piedra que conducían hacia las entrañas de la tierra.

-¡Tenga cuidado! -gritó Burger al ver que Kennedy, en su impaciencia, se aventuraba escaleras abajo-. Es una madriguera de conejos perfecta, y si se perdiera en su interior, sus posibilidades de salir de ella serían una en cien. Espere a que traiga la luz.

-¿Cómo se orienta usted si el camino es tan complicado?-

-Pasé varios momentos de angustia al principio, pero poco a poco aprendí a ubicarme. Cierta sistema organiza los pasadizos, pero un hombre perdido, en esta oscuridad, no podría encontrar la salida. Aun ahora llevo un ovillo de cuerda que voy soltando detrás de mí a medida que me alejo por la catacumba. Puede ver por usted mismo que es complicado, cada uno de esos pasajes se divide y subdivide una docena de veces antes de recorrer cien yardas.-

Habían descendido unos veinte pies desde el nivel del establo y ahora estaban dentro de una cámara cuadrada, excavada en la blanda piedra caliza. La linterna proyectaba una luz oscilante, intensa en el suelo y débil en lo alto, sobre las agrietadas paredes. En todas direcciones se veían las negras aberturas de los pasadizos que convergían en este centro.

-Quiero que me siga de cerca, mi amigo -dijo Burger-. No se distraiga en observar nada por el camino, porque el lugar al que lo conduzco contiene todo lo que pueda ver aquí, y aún más. Ahorraremos tiempo si marchamos hasta allí directamente.-

Burger encabezó la marcha por uno de los corredores, y el inglés lo seguía pisándole los talones. De tanto en tanto el pasaje se bifurcaba, pero Burger evidentemente se guiaba por marcas secretas que él mismo había hecho, dado que nunca se detenía ni dudaba. Por todas partes, a lo largo de las paredes, yacían en huecos que

recordaban las literas de un buque de emigrantes, los cristianos de la antigua Roma. La luz amarilla oscilaba sobre los arrugados rostros de las momias y centelleaba sobre los cráneos redondeados y los largos y blancos huesos de los brazos cruzados sobre pechos descarnados. Kennedy miraba con ojos anhelantes las inscripciones, las vasijas funerarias, las pinturas, la vestimenta y los utensilios que permanecían en la misma posición en la que manos piadosas los habían colocado muchos siglos atrás. Comprendió, aunque sólo basándose en rápidas miradas, que aquella era la más admirable y antigua de las catacumbas, que encerraba una colección de restos romanos superior a todo lo visto alguna vez por el estudioso.

-¿Que ocurriría si se apagara la luz? -preguntó, mientras avanzaba apresuradamente.-

-Tengo una vela de repuesto y una caja de fósforos en el bolsillo. A propósito, Kennedy, ¿Tiene usted fósforos?-

-No, sería bueno que usted me diese algunos.-

-No, no es necesario. No hay posibilidad de que nos separemos.-

-¿Qué tan lejos iremos?- Me parece que hemos caminado al menos un cuarto de milla.-

-Me parece que más. En realidad, el espacio que ocupan las tumbas no tiene límite, por lo menos yo nunca he sido muy capaz de encontrarlo. El lugar al que entraremos ahora es muy complicado, así que usaré nuestro ovillo de cuerda.-

Ató el extremo a la saliente de una piedra, puso el ovillo en su chaqueta e iba soltando cuerda a medida que avanzaba. Kennedy notó que la precaución no era innecesaria, dado que los pasillos se habían vuelto más complejos y tortuosos que nunca, formando una perfecta red de pasajes convergentes. Al fin llegaron a un gran salón circular en cuyo centro se erigía un pedestal cuadrado de piedra caliza, con una losa de mármol en la parte superior.

-¡Por Dios! -gritó Kennedy extasiado, mientras Burger balanceaba su linterna sobre el mármol-. Éste es un altar cristiano. Probablemente el más antiguo de cuantos existen. Aquí está la pequeña cruz de consagración tallada en el ángulo. Sin duda, este salón circular fue usado como iglesia.-

-Precisamente -dijo Burger-. Si tuviera más tiempo me gustaría mostrarle los cuerpos que descansan en los nichos de las paredes, dado que son de los primeros papas y obispos de la Iglesia, enterrados con sus mitras, báculos y todos los atributos canónicos. ¡Acérquese a aquél y obsérvelo!-

Kennedy cruzó el salón y contempló la fantasmal cabeza que descansaba holgadamente dentro de la mitra desgastada y rota.

-Esto es interesantísimo -dijo, y su voz retumbó en la concavidad de la bóveda-. Basándome en mi experiencia, puedo asegurar que esto es único. Acerque la linterna, Burger, quiero examinarlos a todos.-

Pero el alemán se había alejado y se encontraba parado en medio de un círculo amarillo de luz al otro lado del salón.

-¿Sabe usted la cantidad de vueltas equivocadas que hay entre este lugar y las escaleras? -preguntó-. Son más de dos mil. No hay duda de que éste fue uno de los medios usados por los cristianos como protección. Existe una posibilidad en dos mil de que un hombre pueda salir de aquí, incluso si tuviera una luz; pero si estuviera a oscuras sería, por supuesto, aún mucho más difícil.-

-Opino lo mismo. Y la oscuridad es algo espantoso. En una ocasión lo hice como experimento. ¡Hagámoslo de nuevo!-

Burger apagó la linterna e instantáneamente Kennedy sintió como si una mano invisible oprimiera sus ojos. Hasta entonces no había sabido cómo era realmente la oscuridad. Parecía que lo sojuzgaba y lo agobiaba. Era un obstáculo sólido contra el cual el cuerpo de Kennedy retrocedía. Puso sus manos delante, como para que la oscuridad se apartara.

-Suficiente, Burger -dijo-, vuelva a encender la luz. Pero su compañero comenzó a reírse a carcajadas, y en aquella habitación circular el sonido parecía proceder de cada rincón.-

-¿Se siente usted intranquilo, amigo Kennedy? -preguntó el alemán.-

-¡Vamos, hombre, encienda la luz! -dijo Kennedy con impaciencia.-

-Es extraño, pero no soy capaz de determinar en qué dirección se encuentra usted. ¿Puede usted decir dónde estoy yo?

-No, parece estar en todas partes a mí alrededor.-

-Si no fuera por la cuerda que tengo en mi mano, no sabría qué camino tomar.-

-No tengo la menor duda. Encienda una luz, hombre, y terminemos con este absurdo.-

-Bien, Kennedy, entiendo que hay dos cosas a las que es usted muy aficionado. Una es la aventura, y la otra sortear obstáculos. La aventura consistirá en encontrar la salida de la catacumba. El obstáculo será la oscuridad y las dos mil vueltas falsas que hacen el camino un tanto más complicado. Pero no necesita apresurarse ya que cuenta con mucho tiempo. Cuando se detenga a descansar, me gustaría que piense en miss Mary Saunderson, y sobre si la ha tratado con absoluta justicia.-

-¿Qué está diciendo, maldito demonio? -bramó Kennedy. Corría en pequeños círculos, aferrándose a la oscuridad con ambas manos.

-Adiós- dijo la burlona voz, ya alejándose-. En verdad no creo, Kennedy, incluso por lo que usted mismo dijo, que haya hecho lo correcto con aquella mujer. Existe un pequeño detalle que parece desconocer, pero yo puedo proporcionárselo. Miss Saunderson estaba comprometida con un torpe y pobre diablo cuyo nombre era Julius Burger.

Se oyó un susurro, el vago sonido de un pie golpeando una piedra, y luego cayó el silencio sobre la antigua catacumba cristiana; un silencio estancado y denso que se cerraba en torno a Kennedy, envolviéndolo como el agua a un hombre que se está ahogando.

Unos dos meses después la siguiente información corrió por toda la prensa europea:

“Uno de los hallazgos más interesantes de los últimos años en Roma es el de la nueva catacumba, situada al Este de las conocidas bóvedas de San Calixto. El hallazgo de este importante camposanto, extraordinariamente rico en restos de los primeros cristianos, se debe a la energía y sagacidad del doctor Julius Burger, el joven especialista alemán, quien se perfila como la máxima autoridad en el estudio de la antigua Roma. Aunque el doctor Burger haya sido el primero en hacer público el descubrimiento, parece que otro aventurero menos afortunado se le había adelantado. Unos meses atrás el señor Kennedy, conocido estudioso inglés, desapareció repentinamente de sus habitaciones en el Corso, y se conjeturó que su vinculación con un reciente escándalo lo había llevado a abandonar Roma. Se sabe ahora que en realidad ha sido víctima de su fervoroso amor por la arqueología, ciencia que lo había elevado hasta un lugar de privilegio entre los investigadores actuales. Su cadáver ha sido descubierto en el corazón de la catacumba nueva, y es evidente por el estado de sus pies y de sus botas, que había errado durante días por los tortuosos pasillos que hacen que estas tumbas subterráneas sean tan peligrosas para los exploradores. Hasta donde se ha podido comprobar, el difunto, con inexplicable arrojo, se había aventurado dentro de aquel laberinto sin el auxilio de velas o fósforos, de manera que su triste destino fue el resultado lógico de su propia temeridad. Lo que vuelve más doloroso el caso es el hecho de que el doctor Julius Burger era íntimo amigo del difunto. Su alegría por el extraordinario hallazgo se ha

visto mellada enormemente por el terrible destino de su camarada y compañero de investigación”.